

SEGUNDA PARTE

Epoca de los epígonos

CAPÍTULO PRIMERO

LOS ESTADOS DE LOS EPÍGONOS

I. Los Seléucidas y los Tolomeos. El Estado y la política de los Tolomeos y de los Antígónidas.—II. Los helenos.—III. Alejandría. Su biblioteca y su museo. La época literaria de Alejandría.—IV. Los estoicos y los epicúreos en Atenas.—V. Historia de los Pergamenenses, Seleucidas y Tolomeos.—VI. El reino bactriano y el parto.—VII. Seleucidas y Tolomeos.—VIII. Siria hasta Antioco III.—IX. Tolomeos III, IV y V.

I.—LOS SELEUCIDAS Y LOS TOLOMEOS. EL ESTADO Y POLÍTICA DE LOS TOLOMEOS Y DE LOS ANTIGÓNIDAS

Los últimos acontecimientos que dejamos narrados pusieron fin á las agitaciones que en el mundo oriental habia originado la expedición persa de Alejandro Magno. Tres grandes Estados se encontraban á la sazón frente á frente al Este de las fronteras del nuevo imperio romano y de la antigua potencia cartaginesa, agrupándose al rededor de los mismos un sin fin de potencias de segundo y tercer orden. La enemistad política que existía entre estos Estados y la variable conducta que los movimientos de las grandes potencias imprimían á las pequeñas, dan un especial interés y atractivo á la historia de este período hasta la invasión de los romanos. Por ahora, nos contentaremos con una ojeada general, para tratar luego de las últimas manifestaciones independientes del mundo heleno.

La masa principal del antiguo reino de los Aqueménidas se encontraba en las manos de la orgullosa casa de los Seléucidas. Pronto, sin embargo, se echó de ver que á pesar de la extraordinaria extensión del imperio y de las excelentes dotes políticas y militares de Seleuco, y de muchos de sus sucesores, la existencia de este Estado no se hallaba en condiciones para desarrollarse convenientemente y disponer, en caso necesario, de considerables fuerzas. Los Seléucidas, después de la victoria de Ipsos, extendieron su dominación por el occidente de la Siria. El gran fundador de la dinastía habia mandado levantar, no lejos del Mediterráneo y junto al Orontes inferior, la preciosa ciudad de Antioquía, nombre puesto en memoria de su padre, que por su belleza arquitectónica, por la plenitud de vida y por su importancia así política como intelectual, podía rivalizar con la egipcia Alejandría.

Pero existían ciertas dificultades que, ni desde estos territorios, ni desde Babilonia y Susa, podían ser vencidas por los sucesores macedónicos de los antiguos Aqueménidas. En las relaciones exteriores aparecía cada vez mas profunda la enemistad con Egipto que, originando eternas luchas sobre la posesión de Palestina, Fenicia y Celesiria, consumía constantemente las fuerzas militares del imperio. Además, los elementos griegos fueron causa de que se despertara en distintas de aquellas comarcas el espíritu nacional asiático. Ya al morir Seleuco, los territorios de Bitinia, Ponto, Capadocia, Armenia y la Atropatene meda apenas eran dependientes de la corte de Antioquía. La historia nos enseña que en el

trascuro de los siguientes siglos, el gran reino fué perdiendo poco á poco y uno tras otro sus dominios, hasta el punto de que, durante los últimos tiempos de la república romana, solo habia podido conservar de la herencia de la antigua y orgullosa dinastía un pequeño resto entre el Eufrates y el Mediterráneo.

Era, asimismo, imposible sentar un principio en el cual la nueva soberanía occidental hubiera podido apoyarse para conservar el heterogéneo conjunto de pueblos que se extendían entre el Helesponto, el Yaxartes y la cordillera del Iran oriental. Para su administración, la casa real se vió reducida al sistema de las satrapías que, desde tiempo inmemorial habia hecho necesaria en este suelo la disgregación de aquel gran reino que no habia sido formado con elementos verdaderamente nacionales. Los Seléucidas, en vista de que su reino no ofrecía condición alguna propicia á la unidad, y teniendo en cuenta la falta de un centro que lo dominara todo, procuraron crear uno artificial. El ejército no podia servirles gran cosa para su objeto, pues era una mezcla de tropas asiáticas y occidentales. Ante todo, trataron de helenizar todo lo posible el Occidente del reino, que se inclinaba á apoderarse de los territorios occidentales griegos, y la parte oriental del mismo, en donde solo existía la Bactriana como punto en que se desarrollaran aquellos elementos. Los Seléucidas se dedicaron activamente á fundar en las comarcas occidentales de su reino, como Mesopotamia, Siria y Asia Menor, nuevas ciudades que poblaron con habitantes griegos y macedonios. Esta conducta dió lugar á trascendentales consecuencias; pues la helenización produjo buenos resultados en los mencionados territorios, alcanzando mayor extensión cuando los procónsules y los césares de Roma se apoderaron de la herencia de los Seléucidas. Mesopotamia y Siria, cuyas comarcas, rios y montañas tomaron nombres macedónicos, pudieron entonces ser consideradas como una Macedonia oriental. Desde las ciudades que, excepto en lo militar y en la cuestión de impuestos, se regían con entera independencia, se extendió la vida griega por las campiñas.

El idioma griego, que durante muchos siglos fué el idioma dominante y que pudo después preponderar en Oriente sobre el latino, acabó con las antiguas lenguas del país, ó por lo menos las hizo degenerar en un lenguaje vulgar y anti-literario; y hasta pueblos que llevaban en sí bien impreso el carácter nacional, como los caldeos, los fenicios, y una buena parte de los exclusivistas judíos, no pudieron resistir á los atractivos del helenismo.

Hay que hacer constar, sin embargo, una gran diferencia entre los pueblos de aquende y los de allende el Tauro cilicio. En las comarcas sirio-mesopotámicas solo fué helenizada la aristocracia, y en las ciudades tambien la clase media. Las masas continuaron oponiendo tenaz resistencia al modo de ser extranjero, hasta que en los tiempos bizantinos produjese desde Arabia el movimiento que restableció con nuevas formas, en aquel territorio, la soberanía del pueblo semítico. En el Asia Menor, por el contrario, á excepción de las comarcas del Tauro, Isauria y Pisidia, la vida griega fué tomando cada vez mayor incremento. Este desarrollo tocó á su término en los posteriores siglos del imperio romano, durante los cuales se apagaron tambien los últimos ecos de los dialectos populares. Los bizantinos se apoderaron de esta península como si fuese una comarca griega, que recobró su carácter oriental cuando en la Edad Media los Seldyucidas, y aun mas, los Otomanos, circunscribieron el helenismo á la línea de la costa.

Como la historia y forma propia de las comarcas occidentales en alto grado helenizadas y relativamente dotadas de un barniz griego, oponían serios obstáculos á un régimen de unidad, el Oriente iránico parecia una posesión cada vez mas difícil de conservar, y que mas podia poner en cuidado á los Seléucidas.

Al llegar á este punto, debemos tratar de uno de los períodos mas oscuros de la historia de los Epígonos, que ha envuelto tambien entre sus sombras á la historia de los Tolomeos. La política de aquella época habia sido causa, como hemos notado anteriormente, de que muchas de las familias reinantes rindieran homenaje á la poligamia. No hablaremos del aislamiento absoluto y del riguroso orden interior de los harems; pero no pueden pasar inadvertidas las funestas consecuencias de la poligamia en la existencia del Estado, consecuencias que los Aqueménidas pudieron apreciar sobradamente, aunque en el reino de los Seléucidas obraron de un modo mas funesto que en el mas fuerte organismo del imperio de los Lágidas. Odios crueles entre distintos hermanos, corrupción de las nobles damas macedónicas bajo la influencia del espléndido sol de Oriente, especialmente en punto á violencias horribles; en muchos lugares, y especialmente en Alejandría, uniones entre hermanos; y sobre todo los mas execrables crímenes de familia eran cosa acostumbrada en la corte de los Epígonos, y aumentaban de tal manera, de generación en generación, así en número como en calidad, que la conducta sencilla, arreglada y ordenada del príncipe de Pérgamo, que vivió después, y de algunos Antígónidas, formó extraño contraste con tales excesos. El reino de los Seléucidas, especialmente, se aniquilaba por consecuencia de las luchas entre hermanos y parientes que se desarrollaban rápidamente y que se reproducían sin cesar.

El anciano Tolomeo, gracias á la situación geográfica y á la naturaleza de sus dominios, habia podido organizar mas sólidamente su reino. Este fué el punto en que el antiguo modo de ser del pueblo y el helenismo se mezclaron y se influyeron mutuamente. La antigua religión, el orden jerárquico del pueblo egipcio, el sistema de castas y la antigua división provincial del valle del Nilo, todo fué cuidadosamente conservado y embellecido. Tolomeo habia robustecido asimismo el poder real, poniendo guarniciones y colonias militares en todas las comarcas, clasificando convenientemente las jerarquías de empleados militares y civiles, ampliando las antiguas leyes del país, cuidando en gran manera de la hacienda y creando, para la prosperidad del comercio y del tráfico y el bienestar general, un tesoro público, de cuyos fondos le era fácil disponer. Los monarcas habian fijado su residencia en la preciosa ciudad de Alejandría y tenían junto á sí un consejo de Estado: el

poder despótico de los Tolomeos se hallaba en cierto modo limitado por el respeto al ejército macedonio permanente, que se componía en su mayor parte de guerreros macedónicos, sin cuyo consentimiento hubiera sido á los reyes difícil permanecer en el trono.

De esta manera se aceleró la fusión entre griegos y egipcios, aun fuera de las grandes ciudades griegas. No faltaron griegos que aprendieron el idioma egipcio, ni egipcios que se helenizaron mas ó menos, y tomando nombres griegos, entraron en el ejército permanente y llegaron á ocupar elevados cargos públicos. La naturaleza del país y del pueblo influyó sensiblemente en la transformación de la existencia greco-macedónica. Notable en extremo era en el terreno religioso la tolerancia de los Tolomeos, que protegieron á los mismos judíos y sacaron provecho de la residencia de estos en Alejandría. No solo dispensaron su protección á los antiguos cultos del país; no solo se dejaron bendecir, siguiendo la usanza de los Faraones, por los sacerdotes egipcios, como *hijos del sol*, sino que el primer Tolomeo importó el servicio del Zeo Hades desde Sinope á Alejandría, en donde se le identificó con el Serapis egipcio, es decir con el Osiris del imperio que habia desaparecido. El culto de Serapis y de Isis, que después se introdujo en las antiguas comarcas de los helenos, fué, desde entonces, general en los súbditos de los Tolomeos, así griegos como egipcios.

Apoyados en el fertilísimo valle del Nilo, y con el auxilio de un considerable tesoro de guerra, de una poderosa escuadra y de un formidable y bien instruido ejército, siguieron los Tolomeos una enérgica política exterior. Práctica en alto grado esta dinastía, y apartada de la fantástica idea de una dominación universal, no se separó de la senda que habian seguido los antiguos descendientes de Ramesces, senda que siguieron tambien después los dominadores musulmanes en la Edad Media y que han seguido hasta en el siglo xix los fuertes señores del valle inferior del Nilo. La dominación del valle superior de este rio y del mar Rojo, y la conservación de Cirene y de la isla de Chipre, tan útil para la construcción de buques, fueron consideradas como el complemento del poder egipcio. De aquí la necesidad de una expedición para apoderarse de la parte Sudoeste de la Siria, que fué el motivo del odio constante entre los reyes de Egipto y los Seléucidas.

Los Tolomeos inauguraron tambien una enérgica é inteligente política mercantil, gracias á la cual y á la prudente utilización de las nuevas relaciones que desde el tiempo de Alejandro Magno mediaban entre el resto del Oriente y el Egipto, fué éste la principal vía comercial del mundo, y Alejandría se conquistó, como ciudad mercantil, un renombre comparable solamente con el que hoy tiene Nueva-York. El comercio africano, árabe é indio siguieron el camino del Egipto, especialmente desde que Tolomeo II restableció el antiguo canal de los Psammétidas, que se extendía desde el Nilo al mar Rojo. La Fenicia perdió gran parte de su importancia con la competencia del gran emporio egipcio y la misma Atenas se vió por ella en extremo perjudicada. Solo Cartago y Rodas pudieron sostener la rivalidad con Alejandría.

Por último, los antiguos Tolomeos, hasta que cayó su dominación á fines del siglo tercero, practicaron en los confusos y revueltos tiempos de los Diadocos una política interesada que llevaba en sí cierto carácter egoísta. Su principal objeto era no dejarse sobrepujar por ninguna otra potencia, y poder arrebatar algunos territorios á los Seléucidas, cuyo poder iba poco á poco disminuyendo, así como debilitar el incremento que tomaba el reino macedonio.

La corte de Alejandría estaba, como hemos visto, en buenas

relaciones con Agatocles de Siracusa; y cuando Tarento depuso las armas ante las legiones romanas, no tardaron los Lágidas en hacerse amigos del Senado de Roma. En Alejandría encontraron seguro asilo, mientras subsistieron los héroes de Esparta, los helenos enemigos de los Antigonidas.

Por otra parte, mientras se iba debilitando el poder de los Seléucidas, la política de los Lágidas tendía á fortalecerse en las costas meridionales del Asia Menor y á apoderarse, en perjuicio de Siria y Macedonia, del patronato de las islas y ciudades griegas, mas ó menos autónomas, que poblaban el mar Egeo y las costas occidentales del Asia Menor, siempre con el intento de asegurar y extender su supremacía al Oriente del Mediterráneo.

El mas débil de los Estados de los Epigones, era en un principio, el reino macedónico, á pesar de que la familia de los Antigonidas se hallaba en condiciones mejores que las que tenían los Seléucidas y los Lágidas.

Macedonia constituía un reino con historia propia, y en ella existía de muy antiguo un fuerte núcleo nacional y tenía su asiento un pueblo enérgico y robusto, á cuyo nombre habíase unido, hasta sus últimas luchas, la temible aureola de la fuerza militar irresistible, heredada de Alejandro Magno. Pero desgraciadamente esta nacion habia quedado casi despoblada á consecuencia de las enormes pérdidas sufridas por espacio de 56 años, de la emigracion de soldados y colonos al Oriente, y de las devastaciones de los celtas, no habiendo podido repararse este daño en el periodo que medió entre los últimos reyes macedónicos y la dominación romana. La nueva dominación de los Antigonidas, que no habia formado una monarquía militar libre como en tiempo de Alejandro, sino un absolutismo militar-burocrático como el de los Lágidas y que con tanto cuidado habia sido creada desde el año 277, fué debida en gran parte, bajo el punto de vista político y moral, á la necesidad que en toda la Grecia se sentía de fundar al Norte del Olimpo una fuerte potencia que defendiera las comarcas meridionales contra los ataques de los bárbaros del Norte, de los cuales los mas temibles eran los celtas, que dominaban en Tracia y se extendian en grandes masas por los territorios del Noroeste, y junto á los cuales se hacian notar cada vez mas los dardanos que poblaban las comarcas en que tiene su origen el Axios.

La política exterior de los Antigonidas en el sistema de los Diadocos tendía á romper la presión que desde el Epiro se ejercía, á sentar sus reales al Este y al Sudeste, en oposición con los Lágidas desde la decadencia de la dominación siria en las costas occidentales del Asia Menor, y sobre todo á conquistar las comarcas helénicas que, en parte, se encontraban vigiladas por guarniciones macedónicas, y en parte estaban gobernadas por tiranos á quienes protegía la corte de Pella. Pero mientras no pocos griegos se habian reconciliado sucesivamente con la dominación macedónica, vinieron tambien sucesivamente á unirse á los duros é irreconciliables espartanos, sostenidos desde Alejandría, nuevas fuerzas cuya sujeción incumbía á los Antigonidas.

II.—LOS HELENOS

Los helenos fueron y continuaron siendo largo tiempo la nacion que conservó para los nuevos Estados á que habia dado origen la conquista de Alejandro Magno, el carácter de absolutamente indispensable. Esto no obstante, desde las batallas de Queronea y de Cranon, desaparece la historia general de este pueblo. El infinito número de griegos que hasta la dominación romana se dirigieron, como soldados, colonos, comerciantes y hombres de ciencia, al Oriente, no sentían por su madre patria, bajo cuyo nombre comprendemos las anti-

guas colonias helénicas, lo que actualmente sienten por las suyas los emigrantes y sus sucesores que se dirigen á América, á la Australia y al Africa. Los brillantes personajes griegos que en Alejandría, Antioquía, y aun en Cartago, y en los nuevos Estados desempeñaron un papel importante, pertenecen tan poco á la historia nacional, como los muchos alemanes que desde la guerra de los Treinta Años y hasta la renovación de la nacion alemana, al calor de su guerra de la independencia, pusieron sus fuerzas nacionales al servicio de los intereses extranjeros del resto de Europa y de allende el Atlántico. Los ciudadanos griegos de las nuevas ciudades orientales no eran ya los helenos de las antiguas comarcas. Los nuevos pueblos mezclados, en los cuales predominaban los nombres, el idioma y la civilización griegas, dejaron de ser razas helénicas para convertirse en razas helenizadas. Los crecientes progresos de la helenización en aquella importante parte del Oriente, dejaron subsistente la diferencia entre la existencia helénica y la helenizada, hasta que durante la Edad Media bizantina, y despues de la sumisión de los eslavos, los restos del helenismo se confundieron con el modo de ser de los romanos.

En medio de este nuevo é inaudito incremento que tomó el helenismo y que permitía á los navegantes griegos aclimatarse en el Océano indico y en el mar Rojo, bajo la bandera de los Lágidas, al paso que en la época de Alejandro el atrevido massiliota Piteas se veía empujado hácia el Norte hasta el mar alemán, solo existían como puntos de conexión la ciencia y la literatura griegas. Frente á la fuerza política del particularismo y de otros hechos que de muy antiguo dividían á los griegos en infinitas y autónomas comunidades, y que tanto dificultaban en todos tiempos la generalidad de relaciones políticas, se habia formado, desde los grandes desastres de la guerra del Peloponeso, una especie de sentimiento nacional helénico, nacido de la orgullosa idea de la superioridad intelectual y moral de los helenos sobre los «bárbaros», es decir, sobre los que no eran griegos. Las continuas sacudidas que la existencia general helénica venía sufriendo, y las crecientes masas de fugitivos y de gente sin patria, acabaron de destruir desgraciadamente este ideal del helenismo. Así como de estos últimos se reclutaban la mayor parte de los mercenarios de origen griego, del mismo modo los artistas nómadas de toda clase, los juglares y bufones constituían otra parte de aquel helenismo sin patria determinada. Los hombres de ciencia, especialmente los filósofos, traspasaron con su conducta, así teórica como práctica, los estrechos límites del patriotismo local helénico. Todos estos representantes de la disgregación del helenismo desterrado del suelo de las antiguas ciudades y repúblicas griegas, representaban en sus distintos matices la generalidad de la civilización helénica, tal como comenzó á aparecer en la Bactriana, en el Iran y aun en la misma Roma. Junto á los mas antiguos elementos de la mas alta cultura, las ciencias exactas fueron las que mas desarrollo adquirieron. La geografía, las matemáticas, la astronomía, las ciencias naturales y la misma táctica, entre cuyos cultivadores conquistó gran renombre el batallador Pirro, se vieron sumamente protegidas.

III.—ALEJANDRÍA. SU BIBLIOTECA Y SU MUSEO. LA ÉPOCA LITERARIA DE ALEJANDRÍA

Con la extraordinaria emigración de una gran parte de la nacion griega al Oriente, coincidió el hecho de levantarse frente á Atenas, la antigua ciudad en que el espíritu helénico habia llegado á su apogeo, y allende el Mediterráneo, un centro especial de la civilización griega. En el mismo reino de los Seléucidas se abrieron gradualmente paso las ciencias griegas, y durante los tiempos de la República y del Imperio romano alcanzaron gran importancia en este sentido Antio-

quía, la Tarsos de Cilicia, un gran número de ciudades del Asia Menor, y Pérgamo, la capital del reino de los Atalos. Pero el centro mas importante de la civilización universal fundada en elementos helénicos, fué Alejandría. La familia de los Tolomeos, aun sin exceptuar algunos individuos incultos de la misma que gobernaron en los posteriores siglos, cuidó con esmero de que las ciencias estuviesen siempre debidamente protegidas. Por muy distinta que pudiera ser la tendencia moral é intelectual de cada uno de los príncipes de la familia de los Lágidas, por muy dudoso que se ofreciera para muchos de ellos el interés científico, tiene un gran valor político el hecho de que consiguieran concentrar en su hermosa capital, tan llena de vida, la existencia literaria en aquella época dominante, y hacer de Alejandría una ciudad que estaba al frente de la nueva cultura helénica y que dió el tono á la vida intelectual y á las tendencias científicas de los siguientes siglos; de tal suerte que todos los antiguos Estados y ciudades griegas que querían intervenir en el movimiento intelectual de la época, se veían obligadas á seguir mas ó menos el ejemplo de los alejandrinos.

Dos instituciones de la mas alta importancia se crearon en Alejandría durante el reinado de los dos primeros Tolomeos. Una de ellas fué la Biblioteca, cuya construcción empezó el anciano Tolomeo aconsejado por Demetrio Falereo, que despues de la muerte de Casandro habia abandonado á Pella y se habia establecido en Egipto. Este Instituto, construido en el precioso barrio llamado Brucheion y del cual dependía otro debido á Tolomeo II y emplazado en el Sarpion, es decir en el bario de Rhacotis, alcanzó, por los esfuerzos reunidos de los tres primeros reyes lágidas, un gran desarrollo, y abarcó poco á poco toda la literatura de la nacion griega, á la cual se agregaron los tesoros literarios de otros pueblos, como Egipto, Persia, Caldea y Judea, que se confundieron con los propios del pueblo helénico. Y como el espíritu de competencia indujo á los reyes de Pérgamo á fundar una biblioteca análoga, de aquí que muy pronto se pusiese en movimiento la actividad de un gran número de eruditos. En extremo importante debió de ser para lo sucesivo, el hecho de haber sido necesario, al poco tiempo, analizar el infinito número de materiales, presentando textos correctos, y sobre todo ejemplares auténticos de los escritos clásicos griegos, y aclarando en todas partes la fidelidad de las obras publicadas con determinados nombres literarios. En tales circunstancias, la aptitud de los grandes bibliotecarios llegó á ser una cuestion importantísima, y de ellos los seis primeros alcanzaron gran renombre. Fueron estos, Zenodoto de Efeso, que en tiempo de Tolomeo II tomó á su cargo la difícil tarea de colocar metódicamente, catalogar y hacer la redacción crítica de los tesoros literarios de la biblioteca; el poeta Calímaco de Cirene, que era un notable filólogo; Eratóstenes de Cirene, cuyos extraordinarios conocimientos científicos en matemáticas, cronología, astronomía, geografía y anticuaria le valieron, durante los reinados de Tolomeo III y de su sucesor, el cargo de jefe de la Biblioteca; el célebre épico Apolonio de Naucratis, conocido generalmente por Apolonio de Rodas, y contemporáneo del anterior; y finalmente el gran gramático y crítico Aristófanes de Bizancio y su discípulo Aristarco de Samotracia, que fueron indudablemente los mas eminentes y que florecieron durante el siglo segundo antes de Jesucristo.

Intimamente relacionado con la Biblioteca encontramos el famoso Museo, constituido por una Academia, es decir, por una sociedad de sabios, á los cuales la longanimidad de los Lágidas, tenia reservada una existencia llena de honores, y organizado á modo de comunidad que estaba bajo la protección de las Musas, y cuyo jefe ejercía en el círculo de

los sabios en él reunidos las funciones de sumo sacerdote de aquellas. Poco sabemos acerca de la constitución del Museo; podemos, sin embargo, decir que el edificio era uno de los palacios del rey y que se hallaba situado en el barrio del Brucheion. En él habia cuanto puede hacer agradable y provechoso el trato de los sabios: las personas que lo componían, que percibían por mandato del rey una pensión anual, y que gozaban el privilegio tan apreciado en la antigüedad y considerado como gran distinción, de verse libres de todas las cargas públicas, tenían, además de los inapreciables que les ofrecía la Biblioteca, muchísimos otros medios para instruirse: así, por ejemplo, los médicos encontraban en él los aparatos quirúrgicos de Alejandría, los naturalistas el jardín zoológico, que habia sido fundado por Tolomeo II, y las muchísimas plantas exóticas que se aclimataban en los jardines reales, y los astrónomos todos los instrumentos necesarios.

Además de los establecimientos oficiales en que se discutían y resolvían cuestiones y problemas científicos, y al lado de los muchos profesores para enseñar al numeroso círculo de sus discípulos, encontramos otras muchas instituciones que fueron altamente importantes para la época siguiente. El cúmulo de materiales científicos, y la reunión de literatos de toda clase, poetas, críticos, coleccionadores, investigadores é inventores, hicieron de Alejandría por un lado el punto de partida de la cultura universal y enciclopédica, tal como correspondía al carácter de los nuevos tiempos, y, por otro, el foco y origen de la literatura, cuyo idioma desde entonces fué el idioma griego, que conservó su importancia en Atenas y en el Asia Menor hasta los tiempos del imperio romano y hasta la aparición de los sofistas modernos.

Esta nueva literatura no se alimentaba y sostenía ya con la robusta vida política de la nacion griega, pues que no podía contar con un público verdaderamente nacional, tomada esta palabra en su mas elevada acepción; sino que se desarrolló en el terreno de la ciencia y de la cultura enciclopédicas. Esto determinó naturalmente su carácter de un modo muy marcado. Era natural que se buscara el lado mas brillante de la moderna literatura alejandrina, en el terreno de las ciencias exactas y de la filología. Las ciencias naturales, especialmente la medicina, tomaron gran vuelo; de suerte que en la época de la lucha mortal de la República romana, y aun durante el Imperio, las escuelas médicas de aquella capital gozaron de extraordinaria fama.

Durante el brillante periodo de los Tolomeos, el antagonismo que existía entre la escuela racionalista de Erasistrato y la empírica de Herofilo, dió nuevo impulso á la vida científica y literaria.

En las ciencias matemáticas, que estaban en relaciones cada vez mas estrechas con la geografía y la astronomía, conquistaron gran renombre Euclides, Apolonio de Perge y aquel Eratóstenes que fué el primero en aplicar con éxito las matemáticas á la geografía. Como astrónomos sobresalieron Aristarco de Samos é Hiparco, y como mecánicos Ctesibio y Heron que adquirieron gran renombre. Los adelantos filológicos, ó, por mejor decir, los brillantes trabajos de la gramática, que tal era el nombre que aquellos llevaban, estaban naturalmente en íntima trabazón con los grandes tesoros de la Biblioteca. La educación y lo que hoy en su sentido estricto llamamos gramática, que tanto progresó con Aristarco; la crítica así elevada como vulgar, la lexicografía, el arte métrica, la exégesis, las investigaciones en el terreno real de la antigüedad, tuvieron su origen en Alejandría. A los estudios de los eruditos y de la austera escuela filológica de Alejandría, y despues á la Biblioteca de Pérgamo, tuvieron que agradecer los sofistas y posteriormente los bizantinos la conservación de la correcta